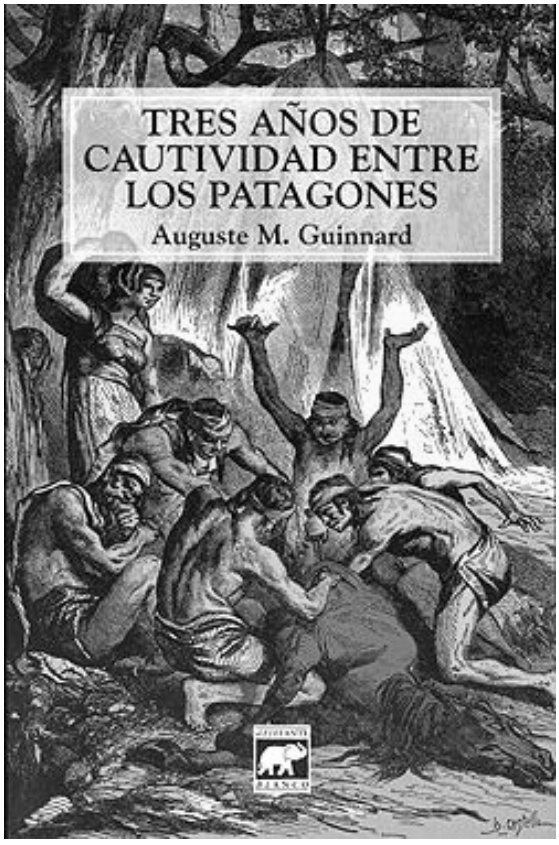
Tres años de cautividad entre los patagones

A. M. Guinnard



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1

UN HIJO DE PARIS EN LAS PAMPAS ARGENTINAS.-PORQUE HABIA YO IDO ALLI. - DECEPCIONES.-REGRESO HACIA EL NORTE.-VIAJE Y PADECIMIENTOS EN EL DESIERTO.-LA CRECIDA DEL TORRENTE-LA PATIGA, EL FRIO, EL HAMBRE Y LA SED-IDEAS DE SUICIDIO.

En los primeros meses del año 1856, después de haber visitado a Carmen, sobre el río Negro, al Sur de la Confederación Argentina, y el Fuerte Argentino, situado en el fondo de Bahía Blanca, andaba errante entre los establecimientos de Buenos Aires, muy distantes unos de otros sobre el río Quequén, rara vez trazado y menos aún citado en nuestros mapas europeos.

¿Qué motivos habían podido llevar a un hijo de París hasta aquella extremidad del nuevo mundo ? Unas cuantas palabras me bastarán para darlos a conocer.

Como tantos millares de franceses que todos los años abandonan el suelo natal en dirección a las riberas del Plata, había ido yo también, en 1855, con el objeto de buscar fortuna en Montevideo y Buenos Aires, o por lo menos a tratar de adquirir, por medio de mis conocimientos prácticos en el comercio de exportación, la certidumbre del pan cotidiano para mí y un poco de bienestar para la vejez de mi madre. Pero por desgracia mía todo me había salido mal, lo mismo en Montevideo - donde encontré ya instalada una competencia demasiado poderosa para que yo pudiera contender con ella- que en Buenos Aires, presa de una de esas crisis revolucionarias que la agitan periódicamente.

Entonces intenté visitar los distritos fronterizos de las tribus indias, con la esperanza de encontrar mejores probabilidades en ese país menos frecuentado por los europeos; pero tampoco tuve en él más suerte que en las grandes ciudades ya por ellos explotadas.

Después de haber recorrido en balde Mulita, El Bragado, el Azul, el Tandil, Tapalquén y Quequén Grande, puntos importantes de la frontera argentina donde habitan muchos estancieros dedicados a la cría y tráfico del ganado, resolví, sin dejarme abatir por tantas decepciones, regresar a Rosario, donde me aseguraban que tendría más probabilidades de éxito.

Un italiano, llamado Pedrito, desorientado como yo en este distrito perdido, me propuso entonces acompañarme, y juntos emprendimos la travesía de la pampa, a fin de acortar la distancia que teníamos que recorrer.

Para reemplazar a los guías que nuestra falta de medios no permitía proporcionarnos, tracé yo mismo un itinerario en un mapa y compré una brújula, y fiados en nuestras fuerzas y juventud partimos a pie, llevando a cuestas algunas provisiones de boca y caza. Bien conocíamos que se nos presentarían numerosas dificultades, y aun peligros, pero estábamos decididos a arrostrarlo todo.

El 18 de mayo de l856 nos pusimos en camino. Esta época del año coincide con el principio del invierno en estas regiones. A nuestra partida comenzó a llover a torrentes, y hacía, además, un frío vivísimo, cuya intensidad aumentaba con el viento muy recio que soplaba de las profundidades de la Patagonia. Este mal tiempo duró cuatro días y nos impidió cazar y hacer lumbre; mucho trabajo nos costó también proteger de la humedad nuestras armas, de las cuales dependía nuestra existencia. En la tarde del cuarto día cesó de llover y un rayo de sol vino a reanimar nuestro ardor; descansamos algunas horas y comimos un poco del pan empapado en agua que nos quedaba.

Después de haber reparado nuestras fuerzas y estudiado nuestro itinerario, proseguimos nuestra marcha procurando matar de paso alguna caza.

Muy poco a poco podíamos avanzar por aquel suelo enteramente empapado por la lluvia, y luego se resintió tanto de la humedad el cuero de nuestro calzado que a la noche siguiente nos quedamos descalzos; desde entonces tuvimos que arrostrar con los pies al aire las asperezas del suelo y la intensidad del frío.

En la mañana del quinto día, por muy penosa que nos fuera la marcha, habíamos ya recorrido una gran distancia, cuando encontramos un río estrecho y profundo, encajonado en una barranca pedregosa y muy pendiente. Grandes dificultades tuvimos que superar para llegar a la orilla. El resto del día lo empleamos en buscar un vado para pasar a la otra orilla. Ya lo habíamos encontrado, por fin, cuando se nos ocurrió la idea de aplazar la travesía hasta el día siguiente, pues la margen donde estábamos nos parecía más al abrigo del viento que la opuesta.

Hasta ideamos profundizar con nuestras navajas una gruta en la ribera con el fin de protegernos de la fría y húmeda temperatura de la noche, y como después encendimos también fuego en la gruta para sanearla, este asilo parecía prometer a nuestros cuerpos extenuados de cansancio una noche deliciosa de reposo; pero, ¡ah!, nunca se suele prever todo. Ocupados en nuestro bienestar, no habíamos fijado la atención en la crecida de las aguas, ya perceptible durante el día. Apenas habíamos cerrado los párpados, cuando nuestra gruta inundada súbitamente por las aguas, tan revueltas como rápidas, estuvo a punto de ser nuestra tumba. No tuve tiempo más que para despertar a mi compañero y coger mis armas para huir. Pero el escapar no cra cosa tan fácil para dos hombres sorprendidos por el peligro en su primer sueño, obligados a buscar su camino al través de las aguas y de las tinieblas, y reducidos a servirse de sus puñales, como escalones para trepar por un escarpe que, reblandecido por la inundación, amenazaba desmoronarse al menor movimiento brusco de nuestra parte. La Providencia nos ayudó visiblemente, y llegamos a la cima de la ribera sanos y con nuestras armas. Lo único que perdimos fue una parte de nuestra pólvora, de nuestras municiones y alguna ropa, abandonadas al torrente.

Esta noche, comenzada bajo tan tristes augurios, concluyó en un sueño profundo, y al despertar al día siguiente no nos hubiera quedado del peligro pasado sino un recuerdo capaz más bien de alentarnos que de abatirnos, si no nos hubiésemos visto obligados a esperar, durante dos largos días de absoluta privación y hambre verdadera, que la disminución de las aguas nos permitiera vadear el río.

Sólo al tercer día intentamos el paso, después de haber hecho un paquete de nuestra ropa y haberlo puesto sobre la cabeza; con una mano nadábamos, mientras que con la otra procurábamos tener nuestras escopetas fuera del agua, cosa difícil de ejecutar. La corriente, que era sumamente impetuosa, nos arrastró a un remolino, donde estuvimos expuestos a perecer, pero por fin pudimos abordar la orilla opuesta, si bien rendidos de fatiga y debilidad. Tuvimos que encender en seguida una buena lumbre para reanimar nuestros miembros entumecidos y secar nuestra ropa y nuestras armas.

Si estas dolorosas pruebas aumentaban la confianza en nuestras fuerzas, enseñándonos a arrostrar los peligros, también retardaban nuestra marcha. Por otra parte, nuestros pies llagados nos hacían sufrir cruelmente, tanto más cuanto que no teníamos medio alguno de protegernos de la aspereza del suelo ni del hielo.

Sin embargo, a cosa de medio día tuvimos de dicha de matar una gama, que pusimos a asar enseguida; el hambre hizo que nos pareciera deliciosa la comida. Con el cuero de este animal tratamos de hacernos unas sandalias, pero este calzado delicado no bastaba para preservar nuestros pies de las piedras y los espinos, y apenas disminuyó el efecto del intenso frío en nuestras llagas. Incapaces de apretar el paso, resolvimos caminar día y noche sin conceder a las imperiosas exigencias del sueño y del hambre más que lo que no pudiéramos absolutamente negarles. A despecho de este cálculo económico, pronto se agotaron nuestras provisiones, y no veíamos medios de reemplazarlas.

Habéamos entrado entonces en un campo o espacio de las pampas donde no se percibe la menor huella de animales, ni aun de vegetación. El terreno, de naturaleza calcárea y salitosa, es allí completamente estéril; todo el día pasó sin que pudiéramos columbrar el menor átomo con qué aplacar nuestra hambre y nuestra sed. Cuando llegó la noche, como no encontrábamos ningún sitio donde resguardarnos, túvimos que acostarnos, ateridos de frío, en el suelo blanco de escarcha. Habiendo aumentado el hambre y la sed en la jornada siguiente, no tardamos en sentirnos indispuestos y sumamente tristes. Cuando volvió la noche, tampoco el sueño vino a mitigar el tormento de nuestros sentidos; permanecimos contemplando con los ojos abiertos la silenciosa soledad del desierto y con el pensamiento fijo en nuestra aflictiva situación. Al siguiente día, tercero de absoluto ayuno, aún fue más terrible la prueba; teníamos fiebre y el cansancio interrumpía con frecuencia nuestra marcha ya muy lenta. Era tan excesiva nuestra sed que, a falta de agua; hubimos de recurrir para calmarla al extremo y repugnante medio de que hablan tantas relaciones de naufragios. Cediendo a la rabia del hamhre, comimos hierbas y raíces que no conocíamos y cuyo gusto era nauseabundo.

La noche siguió atra vez al día, y el único alivio que pudimos dar a nuestros sufrimientos fue un poco de lumbre, alimentada por algunos espinos recogidos en el suelo de la pampa. Sentados tristemente en derredor de nuestro humilde hogar, demasiado débiles para soportar más largo tiempo las angustias del hambre, agotadas nuestras fuerzas y perdida toda esperanza, comenzó a insinuarse en la mente de uno y otro la terrible tentación de poner término a nuestros sufrimientos. Ya íbamos a preparar nuestras armas cuando recordamos con amargura el hogar de la familia y los seres queridos que ya no debíamos volver a ver. Estos recuerdos tordaron poco en elevar nuestra alma a Dios, y la invocación de su nombre, hecha en voz alta, reanimó nuestro valor. A la desesperación sucedió el sopor, y esa noche pudimos dormir.

CAPÍTULO 2

EL ESTANQUE. - EL PUMA O CUGUAR. - LA BRUJULA DESCOMPUESTA Y SUS TRISTES CONSECUENCIAS. - ENCUENTRO DE INDIOS. – COMBATE MUERTE DE MI COMPAÑERO.-MI CAUTIVIDAD.-EL NUEVO MAZEPPA.-MI ESCLAVITUD.

Nuestro despertar fue menos triste que los precedentes; nos sentimos menos débiles, pero nuestras piernas fatigadas no nos permitían caminar, sino muy lentamente. La falta de alimento nos excitaba, sin embargo, a ello, y poco después tuvimos la dicha de reconocer un cambio en la naturaleza del suelo que ahora era arenoso y estaba plantado de altas y espesas hierbas, llamadas en indio koeny, como las que se encuentran generalmente en las cercanías de los estanques; este suelo era menos doloroso también para nuestros pies ensangrentados.

Algo más lejos encontramos, efectivamente, un estanque, donde pudimos apagar por fin nuestra sed devoradora. Esto ya era mucho; pero a este primer hallazgo era preciso que añadiéramos otro, el de los alimentos, pues sin ellos, esta agua, que había sido un gran alivio para nosotros, debía hacer más insoportable la impresión del hambre. Por consiguiente, mi compañero y yo, tomando cada uno opuesta dirección, nos pusimos a explorar los alrededores del estanque. La primera tentativa había sido infructuosa, ya volvía yo desesperanzado cuando oí detrás de mí un ruido que me hizo volver la cabeza, y vi un puma que estaba acechando mis pasos. Aunque ni en el porte ni en la altura de este animal hay nada del león de África, cuyo nombre le han dado los americanos, su primera vista me hizo estremecer; mi segundo movimiento fue apuntarle y hacer fuego, y tuve la suerte de herirle en medio del pecho. La herida lo puso furioso y se arrastró hacia mí; pero afortunadamente le faltaron las fuerzas y me fue fácil acabarlo de matar con mi puñal.

Al ruido de la detonación acudió corriendo mi compañero, y pocos instantes después, acurrucados junto a una hoguera, en cuya llama calentábamos más bien que asábamos los trozos de puma, devorábamos juntos esta carne grasienta y muy correosa, pero que nos parecía sabrosísima. Después de tantas fatigas y privaciones creímos indispensable un descanso de uno o dos días. El sitio donde nos hallábamos era favorable y nos, quedamos en él. Como abundaba la hierba, nos fue fácil prepararnos un resguardo contra la intemperie, y también un lecho más cómodo y agradable que el de la hierba helada. Al segundo día liabía cesado la fiebre, pero en cambio empeoraba de tal modo el estado de nuestros pies, que no podíamos asentarlos en la tierra sin que nos pareciera que pisábamos cascos de vidrio. No obstante nos fue forzoso continuar nuestra marcha, y anduvimos otros tres días más, durante los cuales tuvimos la fortuna de matar una liebre y un gamo.

Pero estaba escrito que nos habían de afligir todas las desgracias, y que habíamos de sobrellevar en vano las terribles pruebas precedentes; otra más cruel aún nos estaba reservada.

Nuestra brújula, objeto tan precioso para nosotros, se había desarreglado en las aguas del río donde estuvimos a punto de perecer, y desde entonces, por una extraña fatalidad, no la habíamos consultado, y era demasiado tarde para remediar el mal.

Nos era imposible no reconocer, sólo con examinar nuestro itinerario, que nos habíamos equivocado de camino, y que en lugar de ir costeando el territorio indio, nos habíamos metido completamente dentro de él.

Esta triste convicción nos afligió mucho; pero procuramos, sin embargo, cambiar de dirección, acercándonos a unas montañas que divisábamos a lo lejos enfrente de nosotros, y en las cuales esperábamos encontrarnos más seguros. Tuvimos la suerte de llegar al pie de ellas antes de que la tormenta, que ya amenazaba desde la mañana, estallara por fin. En una hondonada levantamos una pequeña choza con las muchas piedras planas que cubrían el suelo en este sitio. Allí permanecimos durante cuarenta y ocho horas sitiados por una horrible tempestad, alimentándoónos con algunas provisiones procedentes de nuestras últimas cazas, pero sin aventurarnos a salir, pues, de todas las pendientes pedregosas que nos rodeaban, la lluvia y las ráfagas de viento hacían derrumbar verdaderos aludes de piedras. Cuando pasó la tormenta encontramos materiales para un buen fuego en los muchos espinos que erizaban el suelo, pero todos llevaban huellas de un incendio anterior. Esta fue para nosotros una prueba irrecusable de la proximidad de los indios, pues sabíamos que tienen la costumbre de incendiar los campos que abandonan.

Antes de seguir la nueva dirección que habíamos adoptado, urgía que renováramos nuestras provisiones y volviéramos, al efecto, a la llanura, donde a nuestra vista estaban tomando el sol de la mañana un gran número de llamas.

Varias de ellas fueron heridas nada más que levemente, y favorecidas por la distancia y su agilidad, se nos escaparon; sólo una que había recibido dos balazos nos pareció que no podría huir, y nos precipitamos en su seguimiento con todo el ardor que nos permitía la debilidad de nuestras piernas. Ya parecía que su carrera disminuía visiblemente, y nuestra esperanza de cogerla aumentaba cada vez más, cuando al llegar a una revuelta vimos con terror una partida de indios, que indudablemente buscaban una presa cualquiera, hombre o res. Lo mejor que podíamos hacer era volver a nuestra choza, y tuvimos la dicha de ejecutar este movimiento de retirada sin ser vistos.

Allí estuvimos durante dos días agazapados en nuestro escondite, temiendo ser descubier- tos de un momento a otro y acometidos por un enemigo salvaje que desconoce la compasión.

El hambre nos obligó a salir de él al tercer día con el objeto de renovar nuestras provisiones; ya habíamos recobrado alguna confianza en el porvenir, luego que a poca distancia hubimos muerto una cierva bastante grande. Yo estaba cargándola sobre mis hombros, cuando de improviso salieron los indios, esta vez muy numerosos, de todas las ondulaciones del terreno, y llenos de feroz alegría, dando gritos guturales y blandiendo sus lanzas, sus bolas y sus lazos, nos rodearon por todas partes. Nada es más triste que el aspecto extraño de estos seres desnudos, montados en caballos briosos que manejan con salvaje destreza, el color negruzco de sus cuerpos robustos, su espesa e inculta cabellera pendiente en derredor de su rostro, del cual sólo dejan ver un innoble conjunto de facciones horribles que, con la adición de colores chillones, adquieren una expresión de ferocidad infernal. El resultado de una lucha entre nosotros y esta banda no podía ser dudoso; juzgándonos, pues, perdidos, miramos a la muerte cara a cara, nos apretamos la mano exhortándonos a una buena y común defensa, e hicimos fuego contra los más adelantados de nuestros enemigos. Uno de ellos fue herido, pero su caída no contuvo a los demás, que nos acometieron en masa; mi oompañero, lleno de heridas y abrumado por el número, cayó para no volver a levantarse jamás.

Por mi parte, me vi también vivamente estrechado, y acababa de recibir una lanzada en el antebrazo izquierdo, cuando me hirió en mitad de la cabeza una de esas bolas de piedra que los salvajes sujetan con una larga correa, y me hizo caer en tierra inanimado. Otras heridas y contusiones recibí, además, pero no las sentí hasta que volví en mí y procuré levantarme sin poderlo conseguir. Los indios que todavía me rodeaban, viendo mis movimientos convulsivos, se disponían a poner término a mis sufrimientos; pero uno de ellos, suponiendo sin du- da que de un hombre que tan bien resistía a la muerte se podría hacer un esclavo útil, se opuso al designio de sus compatriotas. Después de haberme despojado completamente, me ató las manos a la espalda y me colocó sobre un caballo tan desnudo como yo, al cual me sujetó fuertemente por las piernas. Entonces comenzó para mí un viaje completamente terrible, y después de pasado siglo y medio, y en la otra extremidad del mundo, renové la espantosa correría de Mazeppa. La pérdida continua de sangre me hizo experimentar sucesivas angustias y flaquezas, durante las cuales se bamboleaba mi cuerpo como una masa inerte al galope desenfrenado del caballo cerril aguijoneado por los bárbaros. ¿Cuánto tiempo duró este suplicio? No lo sé; lo único que sí recuerdo es que al anochecer de cada día me colocaban en tierra sin desatarme las manos, pues sin duda temían los indios que, a pesar de mi triste estado, intentase fugarme o suicidarme.

Durante este viaje, que me pareció una eternidad, no comí absolutamente nada, aunque los indios me ofrecían, de vez en cuando, raíces.

Cuando por fin llegamos al campamento de la horda, me soltaron las apretadas ligaduras que me habían atormentado los pies y las manos hasta el punto de que ya no podía hacer uso de ellos. En la imposibilidad de moverme, permanecí tendido en tierra en medio de mis raptores; hombres, mujeres y niños me contemplaban con feroz curiosidad, pero sin que ninguno de eilos pensara en proporcionarme el menor alivio. Solamente por la noche me trajeron de comer, pero no sentía ni necesidad ni fuerzas para ello; lo que me daban era carne de caballo cruda, que es lo que constituye el principal alimento de estos nómades.

Un mundo de ideas a cual más penosa me abrumó en la noche siguiente; en mi insomnio, no se apartaba de mi mente el triste fin de mi compañero, y hacía mil conjeturas sobre el destino que me reservaban los indios. Parecíame lo más probable que me conservaban vivo para algún suplicio solemne. No sucedió así, sin embargo; aunque mi triste posición les inspiraba tan poca lástima que hásta se burlaban de ella, me dejaron descansar algunos días sin exigir nada de mí. Así pude dar a mi cuerpo quebrantado algún respiro y mejorar algo el estado de mis heridas. Pero la completa desnudez a que estaba condenado me hizo sentir pronto sus naturales efectos: durmiendo en el suelo sin nada con que cubrirme, no solamente aumentó mi malestar, sino que ya no podía mover mis miembros, sufriendo dolores muy agudos. También el hambre me atormentaba a su vez, y después de haber intentado alimentarme con hierbas y raíces, tuve que resignarme a no devorar más que carne llena de sangre como los indios mismos. Cada vez que concluía una comida tan repugnante, me sentía desfallecido; sólo con el tiempo conseguí sobreponerme al horror que este género de vida me inspiraba.

¡Cuántas veces, también, con mi ración de carne en la mano y reducido a disputar cada bocado de este asqueroso manjar a los perros hambrientos que me rodeaban, no me ocurrió hacer mentalmente una comparación entre esta innoble comida y la mesa elegantemente adornada, cubierta de blancos manteles, ricas porcelanas y brillantes cristales, en derredor de la cual se sientan nuéstros dichosos de Europa, y saboreando con indiferencia los manjares más delicados y los vinos más generosos, compiten en agudezas y dulces palabras!...

CAPÍTULO 3

EN QUE MANOS HABIA CAIDO. -LOS INDIOS DE LAS PAMPAS Y DE LA PATAGONIA. - IDENTIDAD DE SUS IDIOMAS, DE SUS CREENCIAS RELICIOSAS Y DE SU GENERO DE VIDA. - USOS Y COSTUMBRES. - COMIDAS. - REZOS. - BORRACHERA, - EJERCICIOS Y TRAJES DE AMBOS SEXOS.

En la época en que no se ponía el sol en los dominios de los monarcas españoles, las vastas llanuras que se extienden entre Buenos Aires y el Estrecho de Magallanes, por un lado, y entre el Atlántico y el pie de los Andes, por el otro, eran consideradas como parte del virreinato de La Plata, a pesar de que la mayoría de los nómades que las ocupan vivieran entonces, como ahora, libres de todo yugo. Hoy día, una línea tortuosa, determinada al Este por la Cordillera de Médanos y el río Salado; al Norte, por el río Quinto, el Cerro Verde y toda la extensión que recorre el tío Diamante hasta el pie de los Andes, forma el límite común de la Confederación Argentina y de la pampa independiente. Al sur del río Negro comienza la Patagonia.

Tres años de residencia forzada en estas regiones me han hecho conocer en ellas tres grupos distintos de población, cada uno de los cuales corresponde a una división natural del suelo. En la

zona del Este, que va del río Salado al río Negro, viven los pamperos propiamente dichos, divididos en siete tribus..

La región montuosa que se extiende entre los lagos de Bebedero y Urre Lafquén, así como a lo largo de los ríos que remontan desde este último lago hasta la tierra que recorren los mamuelches, los cuales forman seis tribus designadas por las denominaciones de ranqueulsches, agneco-ches, catrulemanuel-ches, guineuitru-ches, lonqueuil-uitru-ches y renan-necoches.

En fin, al mediodía del río Negro, cuyo curso estrecho pero profundo es más largo que el del Rin o el Loira, he contado nueve tribus de patagones que llevan estos nombres: 1º, poyuches; 2º, puelches; 3º, caillíheches; 4º, cheueches; 5º, cangnecaue-ches; 6º, chao-ches; 7º, uili-ches; 8º, dilma-ches; 9º, yakah-ches.

Inútil es decir que el modo de vivir de todos los nómades difiere en razón de las numerosas variedades de la naturaleza del suelo y del clima. Los que residen en la porción septentrional más templada de las pampas andan medio vestidos y se resienten de la proximidad de las poblaciones chilenas o argentinas, con quienes están alternativamente en paz o en guerra.

Los patagones, como viven muy lejos de los primeros y sólo tienen a la vista las riberas del mar o la inmensidad de sus páramos estériles, conservan toda la rudeza primitiva del estado nómade.

La tribu en cuyas manos había yo caído era la de los poyuches, que recorren la margen meridional del río Negro, desde las inmediaciones de la isla Pacheco hasta los estribos de las cordilleras.

Todas las tribus de estas regiones, y aun los araucanos (indios chilenos que viven a la manera de los cristianos), hablan el mismo idioma, desde el estrecho de Magallanes hasta las cercanías de Mendoza, San Luis, Rosario y Buenos Aires. Sucede, no obstante, con su idioma como con los demás, es decir, que se encuentran en él diferentes dialectos que se comprenden fácilmente cuando se sabe la lengua madre. Esta se ha conservado casi pura en la pampa, entre los araucanos y los mamuelches (población de los países montuosos).

Partes de estas tribus viven del pillaje: son los pamperos, los mamuelches y los puelches (tribu patagónica).

Los demás no tienen otros recursos que los que les ofrecen la naturaleza o su destreza; generalmente son muy pobres, pero soportan con valor la miseria y las privaciones a que los reducen las malas estaciones.

Las frecuentes invasiones que ejecutan los indios en todas las fronteras de las repúblicas del Plata y de Chile tienen por principal objeto dificultar las negociaciones de los cristianos y robarlos, a fin de adquirir animales que se hallen en estado de prestarles servicios, sin verse obligados a domarlos ellos mismos; luego, vengarse de la pobreza a que los han reducido los europeos, apoderándose de su territorio. Detestan con odio implacable a todos los blancos y los matan de la manera más bárbara, sin perdonar más que a los niños y a las mujeres, a quienes destinan a una innoble cautividad.

Las creencias de todos estos salvajes son idénticas como su idioma; reconocen dos dioses o seres superiores: el del bien y el del mal. Admiran y respetan el poder del bueno (Vitauentru) sin tener idea alguna fija acerca del lugar donde puede residir.

Respecto del dios del mal (Huacuvu), dicen que es el que recorre la superficie de la Tierra y manda a los espíritus maléficos; le llaman también Gualichu, "causa de todos los males de la humanidad". Todavía se encuentran entre ellos algunos adivinos de ambos sexos que predicen el porvenir; pero su pretensión de ver hasta en las entrañas de la Tierra va disminuyendo cada día.

No tienen ningún sacerdote; los padres y las madres trasmiten su religión a sus descendientes.

Jamás come ni bebe nada uno de estos indios sin que previamente haya ofrecido a Dios la primera parte. Para ello se vuelve hacia el Sol, enviado de Dios, cortando un pedacito de carne o vertiendo un poco de agua en el suelo, y acompaña esta acción con las siguientes palabras, cuya fórmula, sin ser precisamente la misma, varía muy poco:

¡Oh!, chachai, ¡Oh!, Padre, vita uentru, reyne mapo, grande hombre, rey de esta tierra, frenean votrey, hazme la gracia, querido amigo, fille, enteu, todos los días, come que hiloto, de buen sustento, come que ptoco, de buen agua, come que amaouto. y de buen sueño.

Pavre laga inche, Yo soy pobre, ¿hilo to elaemy? ¿tienes tu hambre?, tefa quinie vusa hilo, toma una pobre comida, hiloto tu fiñay. come, si quieres.

Después de su comida prepara un poco de tabaco con fiemo de caballo o de vaca, llena una pequeña pipa de piedra, fabricada por él mismo, se acuesta boca abajo, fuma siete u ocho bocanadas, una tras otra, que sólo arroja por las narices, cuando ya no le es posible conservar el humo más tiempo. Entonces su aspecto es horrible. No se ve más que el blanco de sus ojos, que se dilatan hasta el extremo de que se pudiera creer que se le van a salir de las órbitas; la pipa cae de sus labios, que ya no pueden sujetarla; las fuerzas le abandonan, queda sumido en una borrachera parecida al éxtasis, y agitado por movimientos convulsivos que le hacen roncar ruidosamente, al mismo tiempo que arroja de su boca entreabierta abundante saliva, sus pies y manos ejecutan movimientos semejantes a los de un perro cuando está nadando.

Este abominable estado de voluntario enbrutecimiento hace las delicias de los indios y es objeto de sus respetuosas simpatías, pues, en vez de turbar al fumador, le traen agua en un cuerno de buey que clavan en la tierra a su lado. Según costumbre, también a su dios hacen participar de su regocijo, pues le ofrecen previamente tres o cuatro bocanaditas de humo acompañadas de una oración mental.

Después de haber bebido el agua que le han traído, el fumador da media vuelta sobre si mismo y queda tendido boca arriba para entregarse momentáneamente al sueño; las mujeres y hasta los niños toman parte en este placer sin que nadie piense en oponerse a ello.

Sea que habiten en las cercanías de los hispanoamericanos, o en las soledades al pie de los primeros contrafuertes montuosos de las cordilleras, o en el suelo pelado y alcalino de la pampa, todos estos nómades tienen un modo de vivir casi uniforme; sus ocupaciones consisten en la caza, el pillaje, el cuidado de sus animales domésticos, la equitación, el manejo de la lanza, de las bolas, de la honda y el lazo. La mayor parte de los pamperos poseen hoy día utensilios de cocina robados en sus expediciones de pillaje y que les sirven para preparar viandas. Las mujeres, que son las encargadas de este quehacer, evitan con cuidado que los alimentos se cuezan o asen demasiado;

ponen agua en una vasija, la calientan, cortan el trozo de carne en varios pedazos y los meten en ella, y apenas comienzan a blanquear los sacan inmediatamente, como si ya estuvieran bastante cocidos, y se los comen en seguida con un poco de sal, pues el uso de este condimento les es conocido. En las tribus sometidas se ve a los indios comer carne bien asada o cocida, y, sin embargo, también éstos miran como un manjar exquisito el pulmón, el hígado y los riñones crudos de todos los animales, cuya sangre beben, además, caliente o cuajada.

Sus habitaciones son unas tiendas de cuero que transportan de un punto a otro en sus emigraciones. Su traje se compone de una pieza de tela cualquiera, en medio de la cual hace una abertura para meter la cabeza; otra tela de pequeñas dimensiones le ciñe la cintura; también su cabeza se halla rodeada por un retazo de tela que mantiene separada por delante la cabellera abundante que cubre sus hombros.

Se repelan con cuidado todo el cuerpo, aun las mismas cejas, y se pintan la cara con una disolución de tierras volcánicas que les traen los araucanos en sus visitas anuales. Los colores varían según los gustos; los que domina el negro, el rojo, el azul y el blanco.

Las mujeres se visten con una pieza de tela que ellas mismas fabrican con la lana de sus carneros, cuando no tienen algunos retazos de las telas robadas por sus esposos en sus irrupciones. Este vestido las cubre desde los hombros hasta más abajo de las rodillas, y se parece a una funda de donde salen la cabeza, los brazos y las piernas, sin armonía y sin arte. Lo sujetan en la parte superior con un broche (tupú) de plata ancho y redondo y, a la altura de las caderas, con un cinturón de cuero crudo adornado de dibujos de diversos colores y muy apretado. Como los hombres, se repelan también el cuerpo y las cejas, y se pintan la cara, cuyo aspecto rizdo y extraño está realzado por un adorno de perlas groseras, especie de redecilla que mantiene separados sus cabellos en dos trenzas muy largas. Unos pendientes cuadrados y de grandes dimensiones acaban de adornarlas a su gusto; las más jóvenes llevan también en las muñecas y sobre los tobillos unos brazaletes hechos con perlas groseras de varios colores, ensartadas en fibras sacadas de la carne. La fisonomía de la mujer se asemeja mucho a la del hombre; pero se encuentran, no obstante, algunas que no son tan feas: proceden de la raza india y cristiana, y la mayor parte de ellas son hijas de cautivas.

Las mujeres saben manejar la lanza, las bolas y el lazo tan bien como los hombres, y montan a caballo como ellos.

Por muy poca que sea la población que describo, sobre todo si se la compara con el espacio inmenso que ocupa, esta población, que no pasa seguramente de cuarenta mil almas, tiende a disminuir todos los años, y donde principalmente se hace notar la disminución es entre las tribus del Norte, entre los pamperos propiamente dichos, donde las mujeres están en minoría a consecuencia de las guerras sangrientas que les hicieron los gauchos de Rosas hace unos treinta años. Obligados a huir, los indígenas se refugiaron cerca de las cordilleras que rodean a Chile, a los países vecinos de los araucanos, entre los cuales habitaron la mayor parte de sus mujeres. El corto número de las que se conservaron fieles no correspondía con mucho al de los varones, cuando los pamperos volvieron a sus antiguos territorios, y aun en nuestros días, a pesar de que se apoderan con frecuencia de muchas mujeres cristianas, por término medio hay entre ellos una mujer para cinco hombres; entre los araucanos sucede lo contrario, pues allí están en mayoría las mujeres. Las costumbres de los pamperos autorizan la posesión de varias mujeres, de donde resulta que mientras los más ricos poseen varias, la mayor parte tiene que vivir célibe por ser demasiado pobres para poder aspirar al lujo de una compañera.

CAPÍTULO 4

ASPECTOS DE LAS PAMPAS. -MIS OCUPACIONES DE ESCLAVO. - LA CAZA - EL JUECO Y LA BORRACHERA ENTRE LOS INDIOS DE LA PATAGONIA.

Basta lo poco que acabo de decir para que se comprenda que los nómades de las pampas son dignos del suelo que ocupan.

Nada hay más triste, en efecto, que estas vastas llanuras, cuya soledad solo está animada a largas distancias por los rebaños de los indios y por algunos grupos nómades de éstos, a quienes se les conoce de lejos por sus lanzas adornadas con plumas de ñandú. Durante el día, el grito agudo de alguna ave de rapiña que se precipita sobre un cadáver en putrefacción, o durante la noche, los rugidos del puma y del jaguar hambrientos: tal es, con los mugidos del viento, la armonía de las pampas.

Mucho tiempo me costó habituarme a la vida de esclavo. La imposibilidad en que me hallaba de comprender lo que me decía la gente de quien dependía, agravaba mi posición, pues solían hacerme expiar mi ignorancia con la rudeza de su trato. No podía dar un paso sin ir acompañado de uno o varios indios, y si parecía que estaba más triste que de costumbre, me amenazaban con la voz o el gesto, figurándose que maquinaba una evasión; hasta en la noche solian venir a verme y tocarme para convencerse de mi prescncia. Llegó por fin el momento en que tuve que tomar parte en sus trabajos, que consisten en montar a caballo para cuidar el ganado, cargo que me fue dado hasta nueva orden; tenía que permanecer constantemente cerca de los animales, traerlos mañana y tarde a su presencia para que los contasen, y si por desgracia faltaba alguno no tardaban en imponerme el castigo.

Cuando supe manejar regularmente un caballo y las armas indias, me hicieron tomar parte en las cazas del ñandú (avestruz americano) y del guanaco, ejercicio que más tarde llegó a ser para mí una verdadera distracción.

La principal ocupación de los indios es la caza; todo el año se dedican a ella, pero más particularmente en los meses de agosto y septiembre, primavera del hemisferio Sur, con el doble objeto de traer reses tiernas y huevos de perdiz y de avestruz. La caza es destinada particularmente a los niños, y los huevos son comidos en familia. Los asan en un brasero preparado con fiemo, donde los colocan derechos, después de haber abierto la cáscara para ir mezclando la yema con la clara a medida que se opera la cocción.

Para cazar al avestruz y al gamo se reúnen en gran número y rodean un espacio de dos o tres leguas. Luego que cada cual está en su puesto, a una señal convenida se dirigen todos lentamente hacia el centro del círculo que forman, hasta que la distancia que los separa a unos de otros no sea más que de siete a ocho saltos de caballo. Entonces hacen alto con las bolas en la mano, y excitan con sus gritos a los perros que los acompañan para que se arrojen sobre los avestruces y los gámos, los cuales, para poder huir de este encierro, tienen que pasar por los cortos intervalos que los cazadores han dejado libres a fin de lanzarles una multitud de bolas, y rara vez marran su golpe. Los animales cogidos son despojados con increíble destreza, lo que permite a los cazadores continuar su ejercicio hasta .que el círculo se estrecha de modo que ya no forme más que una masa compacta de indios. Rara vez vuelven a sus familias sin haber cogido siete u ocho reses.

Los indios cheuelches, una de las tribus patagónicas, no obstante no tener el auxilio de los caballos, son cazadores no menos hábiles que los otros, y ejecutan la misma maniobra a pie. Los hombres y las mujeres de edad avanzada son los encargados de despojar y transportar al hombro el producto de la caza, que consiste en llamas, en gamos y en avestruces cogidos al lazo o heridos con la bola, y también alguna vez con flecha.

La vuelta de cada cacería proporciona a los indios la ocasión de entregarse a sus dos pasiones favoritas: el juego y la borrachera. Los indios, a pesar de su apariencia grave, son muy jugadores. En ciertas tribus que viven cerca de los hispanoamericanos juegan con naipes españoles, pero no hay que pensar que ninguno de ellos sea más concienzudo que un tahur cualquiera. Saben hacer señales casi imperceptibles en los ángulos de cada carta; gracias a su excelente vista, nada más que barajándolas distinguen las buenas de las malas, y son tan diestros en la manera de darlas, que siempre se guardan las buenas. Aquel a quien favorece la suerte, cree que lo que ha ganado está bien ganado, en razón de las dificultades que ha tenido que superar para arrebatar a su adversario un par de estribos o de espuelas de plata.

Los otros juegos que les son peculiares y están más en boga entre ellos son: el choecah o uiñu y los dados. En el juego de choecah, cada hombre, provisto de un palo que tiene una de las extremidades doblada en forma de gancho, con el cuerpo enteramente pintorreado y los cabellos levantados y afianzados con un retazo de tela, busca por adversario a uno de sus congéneres dispuesto a jugar una prenda equivalente a la suya: un partido coloca su puesta en un lado; el otro, en el contrario.

La longitud del local se calcula según el número de los jugadores, que ocupan su puesto por parejas de contendientes, uno enfrente de otro. Luego se pone una bolita de madera entre los dos que forman el centro de la línea.

Estos cruzan sus palos, haciendo que la parte curva descanse en el suelo, de modo que tirando con fuerza hacia sí hacen rebotar la bola cogida entre las partes dobladas. Una vez que ha sido lanzada al aire, todos procuran cogerla al vuelo, sea para darle nuevo impulso con el palo que les sirve de raqueta, sea para desviarla y hacerla tomar una dirección contraria a la que trata de darle su adversario.

Si el que en interés de su partido debe dirigirla hacia la derecha la inclina hacia la izquierda, inmediatamente tiene que andar a mojicones y tirarse de los pelos con cualquiera de aquellos a quienes ha perjudicado.

Rara vez concluyen estas diversiones sin que haya piernas y brazos rotos y aun cabezas descalabradas. No hago figurar en la cuenta los latigazos que distribuyen los jueces de campo, desde lo alto de sus caballos, a los combatientes fatigados para que recobren fuerza y vigor.

El juego de los dados, o más bien el juego de blanco o negro, se compone de ocho cuadraditos de hueso ennegrecidos en uno de los lados; éste se juega entre dos. Se coloca un cuero entre los jugadores con el objeto de que sus manos puedan coger de una vez estos cuadraditos, que dejan caer, gritando en voz alta y dando palmadas para aturdirse mutuamente. Siempre que el número de los negros es par, el jugador tiene derecho a proseguir hasta que haga impar; entonces le toca el turno al contrario. La partida puede durar, así, eternamente; pero cuando está ya cansado o atontado uno de jos dos, el que se ha conservado más sereno marca con frecuencia doble punto sin que lo note su compañero, y le gana. Entonces hay casi siempre riña entre ellos pues por lo regular el que ha salido perdiendo se niega a dar el objeto perdido.

Sin excepción de tribu, rango, edad o sexo, todos los indios se emborrachan; los que pueden proporcionarse bebidas alcohólicas hacen uso frecuente de ellas, sin que sufran la menor alteración en su salud. Se someten facilmente a un viaje de diez o quince días para ir al establecimiento americano más próximo adonde puedan penetrar sin peligro, trocar cueros de diferentes clases y plumas de avestruz por tabaco (pitrem) y bebida (pulcú).

Para transportar los licores suelen emplear los cueros de carneros, que saben desollar con mucha maña por el pescuezo, para hacer con ellos odres de donde no puede salir una sola gota. También se sirven de los pellejos de las piernas de avestruz, pero prefieren los de los carneros, tanto porque contienen mucho más, cuanto porque resisten mejor el galope del caballo, sobre el cual los afianzan con con cinchas sólidamente preparadas.

Apenas están de vuelta, no bien las mujeres han descargado los caballos, cuando acude un tropel de gente para tomar parte en la orgía y en la distribución del tabaco. Esta costumbre de repartir lo que poseen no constituye, sin embargo, una obligación estricta, pues algunos de ellos no se muestran tan generosos, y no por eso se les hace ningún reproche. A pesar del excesivo calor que se siente en estos parajes, hombres y mujeres beben con frecuencia. Cuando están bien borrachos ponen furiosos y riñen entre sí sin distinción de sexo apenas es pronunciada la palabra "uiñcaes" (cristianos); este desorden cesa, aunque dificilmente, cuando algunos, menos borrachos o más juiciosos, consiguen desarmar a los revoltosos, que infaliblemente se matarían entre sí. Esta orgía dura varios días seguidos, hasta que ya no queda con qué continuarla.

Algunas veces pasa mucho tiempo sin que los indios puedan proporcionarse "uiñcaes-pulcú", o bebida de los cristianos; no obstante, eso no les impide emborracharse, pues si la calidad del terreno les priva de ciertos frutos que cualquiera creería deben encontrarse en estos vastos campos, les da, en cambio, dos muy curiosos: el piquinino y la algarroba, muy conocidos en América.

Cogen la algarroba cuando está bien madura, la majan entre dos piedras, la ponen luego en una bolsa de cuero, donde la cubren de agua, y al fermentarse les da una bebida, con la que también suelen emborracharse. Si este fruto se come en su estado natural, tiene un gusto acídulo y que parece muy azucarado; pero algunos momentos después se siente en la boca una sequedad ardiente que durante algunos días impide comer sin dolor.

El trulca o piquinino es una frutilla de color rojo o negro, de forma ovalada y dei grosor de un guisante; es muy copudo y sus abundantes hojas son sumamente pequeñas; lo mismo las mayores que las menores, están erizadas de un número incalculable de espinas que impiden coger su fruto. El medio que emplean los indios es muy sencillo y cómodo: colocan al pie del arbusto un cuero, en el cual cae la fruta a medida que van golpeando en cada rama con una vara. Después de haber cosechado con esmero el trulca, lo ponen en unas alforjas de cuero sobre sus caballos. Con el movimiento del galope de éstos, esta fruta se aplasta y da un jarabe que tiene el color del vino; entonces lo trasvasan todo ello a otro cuero capaz de contener una gran cantidad. Cuando se opera la fermentación resulta un hermoso licor que 1os indios saborean con delicia; con él se le calientan los cascos, pero sin que sufran el menor mal en sus vísceras, cosa que no sucede cuando comen gran cantidad de estas frutas, que producen en ellas una irritación contra la cual no conocen los indios otro remedio que tomar mucha grasa de caballo.

Los indios observan dos fiestas religiosas: la primera la celebran durante el estío en honor del dios del bien (Vitauentru), y la segunda, que tiene lugar en el otoño, la consagran a Huacuvu, jefe de Ios espíritus maléficos.

Para la observación de la primera se reúnen todos Cuando reciben el avíso que les dan sus caciques respectivos. Los preparativos se hacen con toda la pompa religiosa de que son capaces, untándose los cabellos y pintándose la cara con más esmero que de costumbre. Sus trajes se componen, durante estos dlas solemnes, de todos los objetos robados a los cristianos y conservados al efecto Con sumo cuidado.

Unos se ponen una camisa sobre las mantas que rodean su talle; otros, que no tienen camisa, ostentan con orgullo, ante la admiración de todos, una mala capa española o una chaqueta sin acompañarla de un pantalón; otros, en fin, se ponen un viejo pantalón, las más de las veces al revés, o se cubren la cabeza con una gorra sin visera o un sombrero de copa alta. Es imposible ver nada más risible que estas raras vestimentas llevados por hombres que conservan su gravedad natural, aun en medio de esta fiesta, en la cual está prohibido reírse.

Los hombres se colocan en una sola fila, dando frente al levante, y plantan sus lanzas en una línea, cuva perfecta regularidad halaga la vísta; las mujeres vienen luego a ocupar el puesto de sus maridos, los cuales, después de haberse apeado, vuelven a formar otra segunda fila detrás de ellas. Entonces comienza la danza, sin otro cambio de lugar que de derecha a izquierda; las mujeres cantan y se acompañan con un pandero, cuya piel de gato montés está muy pintorreada; los hombres dan vueltas en derredor suyo, cojeando con la pierna opuesta a la de la mujer y soplando con toda la fuerza de sus pulmones en una caña que produce el sonido de una Ilave enorme.

Este conjunto presenta un efecto muy original por lo contradictorios que son los movimientos de una y otra parte.

A una señal del cacique que preside esta fiesta, se oyen gritos de alerta; los hombres montan de un brinco a caballo e interrumpen así, bruscamente, la danza, para comenzar en seguida una cabalgata fantástica, que da la vuelta tres veces en derredor del espacio donde se celebra la fiesta. En los intervalos que dejan estas correrías desenfrenadas se visitan unos a otros con la esperanza de saborear un poco de cuajada de leche podrida en un cuero de caballo, manjar de los más sabrosos, según ellos, que les proporciona el suave efecto de una copiosa medicina. El cuarto día, muy de madrugada, sacrifican a su dios un potro y un buey, cedidos por los más ricos de entre ellos, después de haberlos tendido en tierra con la cabeza hacia el levante. El cacique designa a un hombre para que abra el pecho de cada víctima y le arranque el corazón, el que se suspende casi palpitante en una lanza. Entonces el gentío se agolpa lleno de curiosidad, y con los ojos clavados en la sangre que mana de una incisición, saca augurios que casi si ** incisicion?

pre suelen ser favorables, y luego se retira cada cual a su habitación, persuadido de que el dios le será propicio en todas sus empresas.

El objeto de la segunda fiesta es conjurar a Huacuvu, director de los espíritus malignos, con el único fin de que aleje de ellos todos los maleficios.

Como en la primera fiesta, los indios se adornan lo mejor que pueden y se reúnen por tribus, con cada cacique a la cabeza. Se junta en un rebaño común todo el ganado, y los hombres forman en su derredor un doble círculo que recorren incesantemente para impedir que se escape ninguno de estos animales fogosos; invocan en voz alta a Huacuvu y van derramando gota a gota la leche fermentada que les entregan las mujeres, al mismo tiempo que dan la vuelta en derredor de los animales. Después de haber repetido tres o cuatro veces esta ceremonia, arrojan la leche que les queda sobre los animales, a fin, dicen ellos, de preservarlos de toda enfermedad. Luego, cada cual

separa su ganado y lo conduce a cierta distancia, para venir a reunirse de nuevo en derredor del cacique, que les exhorta en un discurso largo y ardiente, a que se preparen pronto para ir a aumentar su botín entre los cristianos.

Reconociendo cada cual la sabiduría de tal consejo, agita sus armas rogando a Huacuvu que las bendiga y haga de sus manos instrumentos de ventura para su tribu y de infelicidad para los cristianos.

CAPÍTULO 5

LAS MUJERES EN PATAGONIA. - DILIGENCIAS, DESPOSORIO Y CASAMIENTO. - NACIMIENTO; LA VIDA DEL NIÑO DISCUTIDA POR EL PADRE Y LA MADRE. ABERTURA DE LA OREJA. - FUNERALES.

¿Qué puede ser el casamiento entre estos pueblos, cuyos rasgos principales acabo de bosquejar? Para el hombre no es más que un tráfico o un trueque de objetos y animales diversos a cambio de una mujer. En este ajuste, los padres no entregan el objeto codiciado sino cuando el comprador es rico y generoso.

El patagón que, deseando casarse, se ha fijado en una joven de su vecindad, visita sucesivamente a sus numerosos parientes y amigos, a quienes participa el deseo que le anima; cada uno, según su grado de parentesco o amistad, le da consejos y su aprobación, uniendo a su pequeño discurso un donativo destinado a aumentar sus probabilidades de éxito. Estos regalos se componen, generalmente, de caballos, bueyes, estribos y espuelas de plata muy toscamente trabajados y procedentes de sus trueques con los indios sometidos.

Cuando se ha señalado el día para pedir la mano de la joven, toda la familia del pretendiente se reúne con él y va a situarse de noche en las cercanías de la choza donde ella habita, a fin de poder sorprender de improviso a los padres de la joven y tratar con ellos acerca de la misión de que están encargados.

Hacen la demanda en los términos más poéticos y delicados, sin que les impresione poco ni mucho la mala acogida que encuentran las más de las veces. Si hay algunas probabilidades de éxito, se destaca uno de ellos y va a prevenir al pretendiente, el cual, observando las reglas del decoro pampero, ha tenido que permanecer en lugar algo apartado con sus presentes. Su llegada suele decidir con frecuencia la cosa, pues la vista de los regalos rara vez deja de producir una reacción completa en estas gentes codiciosas: su arrogante fiereza se desvanece con una sonrisa de satisfacción que facilita su adhesión al solicitado himeneo. El resto del día lo pasan en familia.

Una yegua bien gorda, sacrificada por el nuevo esposo, es dividida en muchos trozos y preparada por las mujeres. Ningún miembro de la asamblea debe ausentarse hasta el fin de la comida, después de la cual no han de quedar más que los huesos y el pellejo del animal devorado. Estos huesos, una vez roídos, se juntan todos y se entierran en un sitio público, en memoria de la unión que desde este momento queda consagrada.

Después de esta ceremonia, todos los concurrentes acompañan a los flamantes esposos a su nueva habitación, donde debe celebrarse otro banquete. Los padres de la joven llevan consigo el

cuero de la yegua comida por la mañana, y cuando llegan al lugar habitado por su yerno se lo regalan a los recién casados, recomendándoles que se construyan un abrigo.

Durante los días siguientes, acude, sucesivamente, una multitud de curiosos con el objeto de indagar cerca de la mujer las cualidades del marido y, cerca de éste, las de su mujer. Las preguntas que se hacen son de una minuciosidad, de un descaro y de una indiscreción increíbles.

Para adquirir el concepto de buena y amable, la recién casada debe hallarse en estado de ofrecer a todos, sea un trozo de carne, sea tabaco, y dirigir a cada uno palabras afables, aun a sus enemigos, dado el caso que los tuviese.

Si después de una cohabitación más o menos larga no pueden simpatizar los esposos, se separan de común acuerdo sin que los padres opongan dificultades para restituir los objetos que han recibido del novio, y tampoco éste vacila en dejarles algunos de ellos para indemnizarlos; pero estos casos son muy raros, porque, generalmente, suelen avenirse bien los esposos.

En los casos excepcionales, cuando la separación es reclamada por la mujer a consecuencia del mal comportamiento del marido, los parientes de la demandante se coligan y se arman parar recuperarla a viva fuerza, lo cual llega a a ser origen de un odio implacable entre ambas partes, pues entonces no solamente pierde el marido su mujer, sino también más de las dos terceras gartes de los objetos que había entregado para obtenerla.

Sin embargo, si las causas de los malos tratamientos que el indio ejerce contra su esposa se fundan en la infidelidad de ésta, el marido conserva toda su autoridad y sus derechos, hasta el punto que puede matarla, así como a su cómplice, sin que se le haga ningún cargo; pero por lo regular prefiere conservar su esposa y pedir un rescate al delincuente, a quien asiste también derecho de rescatar su vida si tiene con qué. Pero sucede con frecuencia, y yo mismo he sido testigo de ello, que se dirige la acusación sin el menor motivo ni fundamento, y entonces no puede el acusado sustraerse de este odioso cálculo sugerido por la codicia.

Los indios no dispensan a sus mujeres de ningún trabajo, ni aun durante la época de su preñez. Se ve incesantemente a estas mujeres ocupadas en una cosa o en otra, mientras que sus maridos descansan todo el tiempo que no emplean en la caza o en cuidar sus rebaños.

También, cuando mudan de residencia, la mujer es quien se encarga de hacer y deshacer la tienda y de llevar las armas del marido.

La Providencia, que no abandona a ningún miserable, concede a estos infelices el don de parir con sorprendente facilidad y sin el auxilio de nadie. En cuanto nace el niño, se bañan con él en agua fría, y prosiguen sus quehace- res cotidianos, sin que de ello les resulte la menor indisposición.

La existencia del recién nacido es sometida a la apreciación del padre y la madre, los cuales deciden acerca de su suerte. Si juzgan oportuno deshacerse de él, lo ahogan o lo llevan a corta distancia, donde la criatura sirve de pasto a los perros o a las aves de rapiña; pero si el inocente niño ha sido juzgado digno de vivir, desde aquel momento es objeto de todo el amor de sus padres, los cuales se sujetan, en caso necesario, a las mayores privaciones por satisfacer sus menores exigencias. Hasta la edad de tres años es amamantado por su madre, y a los cuatro le abren las orejas; esta ceremonia, que es fecha solemne en la vida de los indios y reemplaza entre ellos al bautismo, se verifica de la manera siguiente:

Un caballo dado por el padre a su hijo, cualquiera que sea su sexo, es derribado al suelo con los pies fuertemente atados; luego, el jefe de la familia o de la tribu coloca sobre el caballo al niño adornado de pinturas, y rodeado de sus parientes y amigos le agujerea las orejas con un hueso de avestruz muy afilado; en seguida se pasa por cada agujero un pedacito de cualquier metal, para agrandarlo:

Como en todas sus fiestas, una yegua hace el gasto del festín; los parientes más cercanos se reparten los huesos de las costillas, y cada uno de ellos va colocando el que ha roído a los pies del niño, obligándose por este acto a hacerle un donativo cualquiera. Para terminar la ceremonia, el personaje, que ha practicado la abertura dc las orejas hace a cada uno de los circunstantes, con el mismo hueso de avestruz, una incisión en la piel de la mano derecha, en el nacimiento de la primera falange del índice. La sangre que sale de esta herida voluntaria es ofrecida a Dios como sacrificio propiciatorio.

Desde este momento se ocupan de la educación del niño, y apenas cumple los cinco años ya monta solo a caballo y se hace útil a los suyos guardando el ganado; su padre le enseña a manejar el lazo, las bolas, la lanza y la honda.

A los diez u once años, época en que está tan formado como un europeo a los veinticinco, su instrucción ya es completa y puede cooperar en los merodeos y saqueos.

Las mujeres indias acompañan con frecuencia a sus maridos en sus expediciones guerreras, y mientras éstos pelean contra los soldados o los dueños de las estancias, ellas recogen y se llevan con prontitud los rebaños, ayudadas por sus hijos. Estos hombres salvajes están dotados de valor y atrevimiento y no retroceden al primer choque, aunque sea serio; los que caen durante la pelea son llevados a sus casas, pero si mueren en el camino son enterrados apresuradamente y sin ninguna ceremonia. Los que mueren dentro de su tienda, en el seno de su familia, son enterrados; por lo contrario, con mucha pompa.

Tienden el cadáver, revestido de sus más bellos adornos, sobre el cuero de un caballo; colocan sus armas y objetos más preciosos, tales como espuelas, estribos de plata, etc., a los dos lados, después de lo cual atan fuertemente el cuero, de modo que el difunto quede bien envuelto en él, y lo ponen sobre su caballo favorito, al cual han tenido cuidado de romperle antes el pie izquierdo delantero, a fin de que, viéndolo cojear, se aumente aún más la tristeza de la ceremonia aun?

Todas las mujeres de la tribu se juntan con la viuda del difunto y dan gritos penetrantes para "ayudarla a llorar"; con frecuencia, los hombres, después de haberse pintado de negro las manos y la cara, acompañan al cadáver hasta la próxima eminencia, en cuya cima abren la sepultura. Luego que ha sido depositado en ella y cubierto de tierra, se mata en el mismo sitio el caballo que ha llevado los restos mortales de su amo, y en seguida sufren igual suerte otros varios animales, caballos y carneros, que están destinados, según la creencia de esta pobre gente, a servir de alimento al difunto, de quien suponen no ha renunciado a la Tierra sino para ir a vivir en un mundo desconocido.

Todos los objetos de poco valor dejados por el difunto, hasta el cuero que le servía de abrigo, son quemados para que no quede recuerdo alguno de él.

Las mujeres, después de haber gritado y llorado mucho durante varios días sucesivos, acompañan a la viuda al domicilio de sus parientes, con los cuales tiene que permanecer durante

más de un año sin contraer ningún otro vínculo, pues de lo contrario incurren en la pena de muerte tanto ella como su cómplice.

CAPÍTULO 6

CONTINUACION DE MI CAUTIVIDAD. - VENDIDO Y VUELTO A VENDER. - IDEAS DE FUGA, - LECCION SANGRIENTA DE PRUDENCIA Y DISIMULO. NUEVAS IDEAS DE SUICIDIO. - UN AMO HUMANO POR APARICIA. - MERODEOS.

Se comprende que no serían suficientes algunos días ni aun algunos meses para que un esclavo como yo hiciera las diversas observaciones que sumariamente acabo de relatar. Prisionero como ya he dicho, de los poyuches, fui llevado primeramente a las llanuras frías, salvajes y estériles del Sur, donde los vientos impetuosos y los súbitos trastornos de la atmósfera, inherentes a las extremidades polares de los grandes continentes, se manifiestan con más violencia, quizás, que en ningún otro punto continental del globo. Después de pasados varios meses, mi primer amo me vendió a otro, y éste a otro, de modo que, de venta en venta y de tribu en tribu, fui traído hacia el Norte, hasta más acá del Colorado.

Ningún cambio experimentaba ni en mi condición ni en mis ocupaciones con esta mudanza de lugares; mis días eran largos y tristes; muchos meses pasaron antes de que me hallara en situación de hablar, siquiera muy imperfectamente, la lengua de mis amos. No tenía más que una idea fija: la de huir, pero no podía ponerla en ejecución, por falta de datos indispensables, si no poseía antes el conocimiento usual de este idioma bárbaro.

Más de un año había transcurrido ya, cuando un incidente trágico, horrible, vino a darme lecciones de prudencia y a imponerme el mayor disimulo. Unos jóvenes argentinos habían sido hechos prisioneros como yo; su suerte debía ser la mía, pero la mayor parte de ellos, confiados en su costumbre de orientarse en las pampas vecinas de sus provincias natales y en su destreza para domar los caballos, intentaron recobrar su libertad, y fueron cogidos de nuevo por los indios, después de una larga persecución. Conducidos a casa de sus amos y condenados a muerte por éstos, fueron colocados en medio de un círculo de indios montados que los asesinaron a lanzazos. Vi a los asesinos dando aullidos de alegría al revolver la punta de sus lanzas en las heridas con que acribillaban los cuerpos de sus víctimas.

En seguida desfilaron por delante de mí, mostrándome con afectación sus armas con la sangre de estos infortunados, chorreando aún caliente a lo largo del asta de sus lanzas, y amenazándome con la misma suerte si intentaba fugarme.

Preciso me fué concentrar el rencoroso dolor que experimenté al no poder favorecer a mis compañeros de infortunio, y mi horror hacia sus verdugos se acrecentó en razón de la enormidad del crimen que por fuerza había tenido que presenciar.

Dios permitió sin duda que el continuo recuerdo de los míos fortaleciera mi ánimo, pues las terribles pruebas que sufría no hicieron más que aumentar mi voluntad de libertarme del infame yugo en que había caído.

Desde entonces sólo mostré un semblante sereno e impasible, y no exhalaba mi dolor sino en los raros instantes en que mi único testigo era Dios. Me desvivía por aprender el idioma y mis esfuerzos fueron recompensados con rápidos progresos; pero juzgando con razón que los indios continuarían hablando libremente delante de mí mientras estuvieran persuadidos de que ignoraba su lenguaje, me guardé mucho de darles a conocer que paraba mi atención en sus conversaciones, las cuales, según yo había previsto, me fueron de grande utilidad, pues los datos que en ellas adquirí contribuyeron a mi evasión.

Tres años viví en esta cruel situación, abrumado incesantemente de dolorosos pensamientos y agitado las más de las noches por sueños terribles. Varias veces intenté recobrar mi ansiada libertad, pero obstáculos imprevistos se opusieron también cada vez al logro de mis deseos; poco faltó para que pagara con la vida estos ensayos infructuosos, y en más de una ocasión tuve que entrar en lucha con mis asesinos. A Dios gracias no me abandonó en estos momentos solemnes la serenidad, y en cada uno de ellos me valí de subterfugios más o menos plausibles, pero muy excusables en mi posición, que me libraron de una muerte cierta. Habiéndose repetido así hasta catorce veces mis conatos de fuga, cada tentativa fue acrecentando la desconfianza de los indios y agravando mi cautividad, tanto que me vino la funesta idea de poner término a mi existencia para evitar mi suplicio. Apoderéme, al efecto, de. un cuchillo y me deslicé sin ser visto (al menos así lo creía yo) hasta una quebrada algo apartada en la pampa. Ya había implorado la clemencia divina y alzaba mi brazo para herirme, cuando una mano enemiga se apoderó de improviso del arma suspendida sobre mi pecho. Era un indio, mi amo, el cual juzgando con razón que la muerte me parecía más dulce que el género de vida a que me condenaba, no vio en mi desesperada resolución sino un atentado a sus derechos de propiedad. Me declaró que ninguno de mis movimientos dejaría de ser vigilado en adelante, lo que probaba que los servicios que yo le prestaba tenían algún valor a sus ojos, y que no quería bajo ningún concepto verse obligado a hacer él mismo lo que me ordenaba diariamente.

Los indios van con frecuencia a robar los ganados hacia las fronteras hispanoamericanas. Son muy diestros en los medios que emplean para burlar la vigilancia de los pocos soldados encargados de defender las estancias. Un corto número de estos salvajes suelen amagar por ciertos puntos con el objeto de atraer la fuerza armada de las aldeas vecinas, mientras que se dirigen en masa hacia los puntos que quedan desguarnecidos; los invaden fácilmente, matando en el camino a cuantos hombres encuentran, sin perdonar tampoco a las mujeres ancianas, y llevándose a las jóvenes y a los niños, para hacer de las primeras concubinas y de los segundos, esclavos. ¡Cuántas jóvenes infelices capturadas por estos bárbaros y vendidas a las tribus lejanas terminan en un infierno terrestre una existencia comenzada bajo felices auspicios! Hagan lo que quieran, jamás consiguen ellas volver al seno de sus familias y por lo que respecta a los niños, crecen en la innoble vida de los nómades, olvidando hasta su lengua materna; verdad es que son bastante bien tratados por los indios, los cuales, atendiendo a los pocos años que tenían cuando fueron hechos cautivos, hasta les perdonan el haber nacido cristianos.

Los indios, que temían me escapara, jamás hablaron de llevarme con ellos a sus expediciones de caza. Lejos de eso, durante sus frecuentes ausencias solía yo estar aún más estrictamente vigilado por otros indios encargados como yo de guardar el ganado, a los cuales quedaba severamente recomendado. Cuando volvían de sus excursiones, abundaban con frecuencia el azúcar, el tabaco y la yerba mate, objetos principales de su codicia, y los vestidos que habían encontrado los guardaban celosamente para adornarse con ellos en las fiestas y asambleas. El único regalo que me hicieron durante tanto tiempo fue un retazo de una capa que debía provenir de algún pobre soldado a quien habrían muerto.

CAPÍTULO 7

A UN PEDAZO DE PAPEL QUE HABIA TRAIDO EL VIENTO DE LAS PAMPAS DEBO EL OFICIO DE SECRETARIO DEL JEFE DE LA TRIBU. - ESTE EMPLEO NO DEJA DE OFRECER PELIGROS; NO TARDO EN SABERLO POR MI CONDENA A MUERTE. - ME ESCAPO A CASA DEL GRAN JEFE DE LA CONFEDERACION MAMUELCHE. ENCUENTRO CERCA DE EL APOYO Y JUSTIFICACION.

Algunos papeles impresos, que debían haber servido para envolver tabaco u otra cosa y que ellos arrojarían al viento, cayeron en mis manos; yo los leía reiteradas veces con delicia, pues ésta era para mí una distracción inesperada. Un día fui descubierto en esta ocupación por algunos indios, que se mostraron alegremente sorprendidos con su descubrimiento y se apresuraron a participárselo a los jefes. Muy inquieto me quedé por de pronto con esta ocurrencia, pero no tardé en tranquilizarme al ver la acogida inusitada y casi benévola que me fue hecha por la noche, cuando, según costumbre, me presenté a someter a recuento los animales que me estaban confiados. Por algunas preguntas que me dirigió mi amo comprendí que estaba ufano de poseer un esclavo de mi valor, y que sin duda sería llamado para servir al cacique de la tribu.

Pronto se presentó, en efecto, la ocasión, pues estos seres groseros, cuando han conseguido disfrutar durante algunos días los goces de la civilización, fácilmente se dejan tentar por el deseo de satisfacer su glotonería y su vanidad, y no perdonan medio alguno con tal de halagar estas pasiones.

Así es como de tiempo en tiempo suelen ir a las fronteras a ofrecer una aparente sumisión, durante la cual hacen el cambio de diferentes mercancías, tales como plumas de avestruz, crines de caballo y cueros y pieles de toda clase, por los cuales reciben tabaco, azúcar y bebidas alcohólicas, a las que son sumamente aficionados. En una de estas circunstancias fui sometido a la prueba como secretario del jefe. No obstante mi vivo deseo de escribir como me dictase mi conciencia, no lo pude hacer, tuve que poner lo que se me mandaba, pues la desconfianza de estos miserables llega a tal punto que más de veinte veces me exigieron que les leyera mi carta, y después de escritas algunas frases, variaban con intención sus ideas, afectando la mayor naturalidad, a fin de asegurarse mejor de mi buena fe. Si hubiera tenido la desgracia d alterar el orden de las palabras, no lo habría podido disimular; tan fiel es su portentosa memoria.

Por otra parte, me hubiera expuesto a morir, porque, a pesar de no serme posible engañarles, me amenazaron por exceso de prudencia y me hicieron sacar una copia destinada a ser confrontada por algunos de los tránsfugas argentinos que viven en las tribus vecinas, miserables sentenciados a presidio o quizás a muerte por sus muchos crímenes, y que están seguros de encontrar asilo entre los indios sometidos. Estos, que se hallan perfectamente enterados de la situación de sus huéspedes, los reciben como a personas con quienes saben pueden contar, ya les sirven de guías en sus expediciones, ya sean sus cómplices en todos sus furores.

Esta primera correspondencia fue, pues, llevada por dos indios designados por el cacique.

Algunos niños los acompañaron con el objeto de que transportaran los artículos que debían ser trocados. Doce o quince días después volvieron estos niños extenuados de fatiga, con el terror pintado en su semblante y dando gritos de angustia. Contaron que, después de leída la carta, los dos enviados habían sido encadenados y condenados a muerte, y que no cabía duda de que yo había

burlado la confianza general, comunicando algunos detalles sobre sus recientes invasiones. Propensos, naturalmente, a creer todo lo malo, estos bárbaros no tuvieron ya otra voluntad que la de matarme en el acto. El mismo cacique fue quien, creyéndome ausente, les indujo a que no despertaran mi desconfianza con gritos inusitados, y aun les aconsejó que esperasen hasta el día siguiente por la mañana para poner en ejecución su proyecto, escogiendo el momento en que estuviese ocupado en reunir el rebaño.

Quiso la suerte que yo me hallase cerca en ese momento, y gracias a la proximidad de la noche pude escuchar esta conversación y ponerme en guardia. Apenas amaneció, fui, según acostumbraba, a visitar mi ganado, y noté que el ágil corcel que montaba la víspera había sido reemplazado con un caballo muy pesado.

No manifesté la menor extrañeza. Proseguía lentamente mi camino, cuando vi venir hacia mí a todo escape a una partida de indios que hacían resonar el áire con sus salvajes imprecaciones. Sin embargo, aún era muy grande la distancia que me separaba de ellos: pero lo que me salvó fue que encontré la manada de caballos que, como la estación era muy calurosa, venían a beber espontáneamente hacia donde yo me hallaba. Grandes fueron mi alegría y mi esperanza. Salté de mi caballo, al cual le quité la brida para ponérsela a otro que me pareció buen corredor, y brincando sobre él, después de tener la precaución de espantar a los demás y dispersarlos para quitar a mis perseguidores toda probabilidad de alcanzarme, me lancé a todo escape en opuesta dirección. Después de haber galopado todo el día, llegué al anochecer a casa de Calfucurá, gran cacique de la confederación india, en la cual se hallaba comprendida la tribu de mis enemigos. Asombrado al verme, y no era para menos, este hombre me preguntó qué era lo que quería y qué motivo me daba tanta audacia para ir solo a visitarle. Entonces me di a conocer a él y le expuse en algunas palabras los hechos ocurridos la víspera y por la mañana, suplicándole tomase en consideración la veracidad de mi relato y demostrándole que, si hubiese engañado a los indios, infaliblemente hubiera procurado evadirme por cualquier medio antes de ser descubierto; pero que no teniendo nada que reprocharme, había preferido, por lo contrario, venir a pedirle su apoyo y fiarme en su lealtad hasta el día en que tuviese una prueba irrecusable, sea de mi buen proceder, sea de mi traición. De esta manera, cuando fuese reconocida mi inocencia, no tendría que acusarse de la muerte de un servidor fiel cuyos servicios podían ser útiles. Complacido de mi confianza así como de algunas palabras con que en su lenguaje traté de halagar su vanidad, este hombre, que en realidad era más humano que ninguno de sus semejantes, me acogió casi con dulzura y me ofreció su apoyo. Solamente añadió que jamás tendría caballos a mi disposición.

Parte de la tribu de donde me había fugado vino al siguiente día, con su jefe a la cabeza, a pedir audiencia a Calfucurá y a reclamar encarecidamente mi suplicio, como cosa justa.

Yo me hallaba presente durante el debate, y al principio no proferí una sola palabra para defenderme; pero al ver el ahínco con que pedía mi muerte toda esta horda y que ya sus ruegos comenzaban a hacer impresión en el jefe comprendí que no podía permanecer más tiempo silencioso. Levantéme, pues, y comenzando por recordar al gran cacique que me había dispensado su protección, me esforcé por hacer comprender a todos mi inocencia, reiterando la exacta relación de la víspera y tratando, no obstante, de no herir el amor propio ni las preocupaciones de ninguno de los circunstantes. Calfucurá (o Piedra Azul) se declaró en mi favor, diciendo que era imposible que un culpable hablara como yo Io hacía.

Prohibió que nadie me maltratara, y volviéndose hacia mí, me tranquilizó añadiendo que no me separaría de él, a fin de que no me sucediera nada desagradable. Por último, dirigiéndose a mi antiguo amo, le manifestó que cuando le presentase pruebas incontestables de mi deslealtad, me

entregaría a él para que hiciera de mí lo que le pareciese. Después de esta sentencia se separó la asamblea y toda la horda se alejó lanzándome miradas de cólera.

Pasaron algunos meses sin que los indios pudieran saber nada con respecto a la posición de los dos cautivos retenidos por los argentinos, y esto aumentaba su animosidad hacia mí; hasta el gran cacique, influido a veces por sus diversas conjeturas, parecía fluctuante conmigo; unas veces me trataba con aspereza y otras me mostraba, por lo contrario, la mayor confianza. A menudo solía hacerme nuevas preguntas, pero como todas mis respuestas estaban siempre contestes con mi primer interrogatorio, concluía por conservarme su protección; no obstante, durante los cinco meses que se prolongó este estado de cosas estuve sometido a una vigilancia cada vez más activa.

Con mucha frecuencia salían partidas de indios para ir a recorrer las cercanías de las haciendas, con el objeto de adquirir datos sobre la suerte de sus compañeros cautivos; pero hombres y caballos se fatigaban en balde y tenían que volverse sin recoger el menor indicio.

Cansados de la inutilidad de tantas tentativas, resolvieron dejar transcurrir algún tiempo sin renovarlas.

Precisamente, durante este período de reposo y aparente olvido reaparecieron por fin los dos hombres que se creía estaban perdidos para siempre. Hubo con este motivo una reunión extraordinaria de todas las tribus interesadas en el asunto, y en ella fue proclamada solemnemente mi inocencia. Los recién llegados declararon que, habiendo sido conocidos por alguno que los había visto formando parte de una irrupción precedente, los habían apresado hasta que el gobierno de Buenos Aires, al cual se había consultado, decidiera sobre su suerte. Luego llegó una orden formal de la metrópoli, mandando se les mantuviera presos y se les hiciera trabajar; también se había tratado de imponerles la última pena, y si conservaban la vida únicamente lo debían a las proposiciones pacíficas contenidas en el despacho de que eran portadores. Respecto de su libertad, la habían podido recobrar aprovechándose del descuido de los encargados de su custodia.

Desde entonces hubo un cambio completo y favorable en todos los ánimos; mis más encarnizados enemigos me dirigían a porfía sus elogios, pues toda su desconfianza se había desvanecido en un momento. Hasta parecía que habían olvidado mis tentativas de evasión, pues ya me fue permitido montar a caballo y acompañarlos en todas las ocasiones. Juzgándome, pues, digno de la confianza general, volví a encargarme también de la secretaría de la confederación nómade.

CAPÍTULO 8

COMO LA POLITICA EXTERIOR DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DF LA PLATA VINO A INFLUIR EN MI DESTINO. - EL GENERAL URQUIZA. - ALGUNAS PALABRAS SOBRE ESTE HOMBRE DE ESTADO, INTERESADO TANTO COMO YO EN FSTIMULAR LA PROPENSION DE MIS AMOS A LA BORRACHERA. - PRESENTES QUE LES ENVIA. - ORGIA GENERAL. - MI FUGA Y MI LIBERTAD. - RIO QUINTO. - MENDOZA. - LOS ANDES. - REGRESO A FRANCIA.

Las Repúblicas Unidas de La Plata tenían entonces a su cabeza a un hombre en quien voy a hacer que se fije un momento la atención del lector, aunque no sea más que para ofrecerle una compensación por las figuras gesticulares, grotescas u horrorosas que he descrito hasta ahora.

Don Justo José de Urquiza, que nació en Concepción del Uruguay, en Entre Ríos, todo se lo debe a sí mismo. Hijo del pueblo, simple gaucho, como él mismo se precia de serlo, aunque no ha recibido otras lecciones que las de su propia experiencia, ha allanado poco a poco su camino por la fuerza de su carácter y la superioridad de su inteligencia. Sus dotes militares le merecieron el favor de Rosas, que le elevó rápidamente y le hizo pronto su brazo derecho. Urquiza pudo creer por un momento que si el dictador se imponía a la Confederación era para proporcionarle los medios de realizar grandes cosas y garantir quizás la independencia de su país; pero no tardó en desenmarañar los motivos verdaderos de esta política astuta y recelosa. Apenas se dio cuenta de que se estaba explotando su patriotismo en beneficio de una ambición personal, se declaró contra el dictador, acusándolo de que falseaba la Constitución y atentaba contra las libertades nacionales. Rosas había fingido con frecuencia un desinterés de que estaba muy ajeno. Periódicamente, en épocas calculadas con habilidad, hablaba con una modestia verdaderamente encantadora, ora de su edad muy avanzada, ora de su salud quebrantada, manifestando deseos de renunciar a un poder cuyo peso, decía, ya no le era posible soportar. Pero el viejo león, que siempre había visto temblar en su presencia a los representantes del país, sabía muy bien que ninguno de ellos osaría aceptar su dimisión.

La asamblea se apresuraba, en efecto, a implorar su adhesión al país y arrancarle, a fuerza de ardientes súplicas, un sacrificio glorioso.

Estas rastreras adulaciones pasaban cerca de las cortes extranjeras por la expresión del sentimiento público. Urquiza escogió el momento en que el dictador trataba, en 1851, de renovar esta comedia; publicó una proclama en que declaró a Rosas destituido del Poder Ejecutivo y se puso él mismo al frente de un partido que deseaba, a la vez que la reunión de las provincias en una confederación, la libre navegación de las aguas del Plata.

Estaba seguro de antemano del apoyo del Brasil, a cuyos intereses más caros favorecía esta política. Los ríos cuyo nacimiento está al Norte de este imperio facilitan la entrada, por el Atlántico, a una parte muy importante de su territorio, precisamente aquél donde están situadas sus provincias más ricas. Reiteradas veces había pedido el Brasil a Rosas el libre paso del Plata, y para obtener esta concesión ya había agotado en vano todos los recursos de la diplomacia, cuando se presentó Urquiza, muy oportunamente. El antagonismo tradicional entre españoles y portugueses había cedido ante la necesidad de abrir al comercio del mundo el Paraná, el Uruguay, el Paraguay y sus tributarios.

El Brasil se adhirió, por lo tanto, a lacausa de Urquiza y le suministró las fuerzas necesarias para hacerle triunfar. El primer movimiento de Urquiza fue dirigido contra Oribe, el cual, sostenido por las tropas de Rosas, bloqueaba hacía nueve años a Montevideo, y sólo esperaba para apoderarse de este puerto que cesara la intervención de Francia y de Inglaterra. Entre tanto, Oribe iba arruinando a Montevideo, pues había levantado poco a poco en derredor de su campamento una ciudad rival, Restauración, que ya contaba con diez mil habitantes. La llegada de Urquiza desvaneció los peligros que en un porvenir más o menos próximo amenazaban a los sitiados; presentándose a la cabeza de un ejército de entrerrianos y correntinos, apoyado por la escuadra del Brasil y un cuerpo de infantería de esta misma nación, obligó a Oribe a capitular casi sin disparar un tiro. Mostró en su conducta una habilidad consumada: puso de manifiesto el carácter patriótico de su empresa, adoptó las disposiciones más conciliadoras y proclamó altamente su intención de

evitar toda efusión de sangre. Pronto vinieron a engrosar sus filas millares de combatientes; Oribe, abandonado por sus tropas e imposibilitado, además, de recibir refuerzos y municiones, tuvo que rendirse incondicionalmente.

Después de que Urquiza hubo conseguido este brillante triunfo, se retiró a su provincia con el objeto de prepararse en ella a dar el golpe decisivo al poder de Rosas. En 1852 volvió a pasar el Paraná al frente de numerosas fuerzas y avanzó sin encontrar resistencia hasta Monte Caseros, adonde, por su parte, acudió el dictador a la cabeza de veinte mil hombres. La memorable batalla del 3 de febrero de 1852 tuvo por resultado la completa derrota y fuga de Rosas, quien se embarcó a toda prisa en un buque inglés, mientras que su vencedor entraba en Buenos Aires y era acogido con vivas aclamaciones por la población. Urquiza estableció su cuartel general en Palermo y nombró gobernador de la ciudad a don Vicente López, hombre de edad ya provecta, pero generalmente querido y estimado.

Habiendo sido nombrado Urquiza, el 14 de mayo, director provisional, reunió en San Nicolás a los gobernadores y delegados de las catorce provincias del Plata, para que éstos determinaran la organización política que había de plantearse. Esta asamblea se pronunció en favor del sistema federativo y decidió que las provincias nombrasen representantes encargados de elaborar una Constitución y establecer las bases de un gobierno definitivo.

Buenos Aires se negó a confirmar los poderes que la asamblea había conferido a Urquiza-. El gobernador López, que había permanecido fiel a las decisiones de la mayoría, tampoco consiguió hacerlas respetar y tuvo que dimitir sus funciones. No era Urquiza hombre para vacilar en tales momentos; marchó sobre Buenos Aires, restableció su autoridad y reinstaló a su gobierno. Después de este acto enérgico, se mostró clemente y se limitó a desterrar a cinco de los principales caudillos de la oposición, y en cuanto vio afirmado el orden se trasladó a Santa Fe, donde debía reunirse el Congreso que iba a abrir sus sesiones el 20 de agosto. Trece provincias: Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja, San Luis y San Juan, ya habían enviado allí, cada una, dos delegados.

Una nueva rebelión estalló en Buenos Aires, suscitada por antiguos desterrados que sólo se habían adherido a Urquiza con el objeto de desembarazarse de Rosas. Como casi todos ellos eran hijos de la ciudad, no les costó gran trabajo sublevar la población. Urquiza no podía tolerar que Buenos Aires impusiera la ley a las trece provincias, pero tampoco quiso dar ningún pretexto para que estallara una guerra civil, cuyas consecuencias temía. En lugar de emplear la fuerza contra la insurrección prefirió dejarle tiempo para reflexionar, y se contentó con publicar una proclama en la que declaraba a la provincia de Buenos Aires separada del resto de la Confederación y abandonada a su mala suerte. Pero su moderación no hizo más que alentar a los insurrectos, los cuales intentaron propagar la revolución y hasta invadieron la provincia de Entre Ríos. Esto equivalía a desafiar a Urquiza en su propia casa, y así fue como se dirigió contra los invasores y los volvió a arrojar de su territorio.

Desde entonces hasta la hora presente ha habido incesantemente entre Urquiza, representante de los intereses de la Confederación argentina e inclinado a unificar su territorio, y las preocupaciones egoístas de Buenos Aires, que sueña con un orgulloso aislamiento para su población de ciento veinte mil almas, ha habido incesantemente, digo, una serie de luchas más o menos francas, seguidas de concesiones siempre forzosas y poco sinceras por parte de Urquiza, quien se ha mostrado en todas las ocasiones deseoso de evitar a la antigua metrópoli de La Plata las calamidades de la guerra.

El comandante Page, encargado por los Estados Unidos de una misión en la Confederación Argentina, trazaba en los términos siguientes el retrato de este hombre notable:

"Urquiza, en la época en que yo lo vi, tenía todavía un aspecto joven; es moreno, de estatura regular, admirablemente proporcionado, y presenta todos los caracteres de una naturaleza enérgica y vigorosa. Su cabeza se hace notar por sus contornos amplios, sus proporciones sólidas y sus facciones firmes y bien marcadas.

El conjunto respira inteligencia, pero una inteligencia que se posee completamente. Los ojos puros, brillantes y bien rasgados, tienen una mirada penetrante. La boca es, a la vez, fina y benévola. No es su cabeza la de un aventurero, sino una cabeza de hombre de Estado al mismo tiempo que de héroe, con un sello singular de fuerza, calma y autoridad. Para inspirar respeto no tiene que recurrir Urquiza a ninguna clase de charlatanismo ni de fingimiento; es grande con naturalidad y sencillez; en su aire nada hay de afectado, y se siente que está a la altura de su misión. Su porte noble, su actitud desembarazada, la dignidad de sus modales y su palabra clara y comedida denotan un alma altiva y leal, un entendimiento lúcido y un juicio certero. La influencia que ejerce en todos los que le rodean la sufre uno con tanto más gusto cuanto que se encuentran en él las raras cualidades de que está dotado, y se sabe que lo debe todo a sí mismo, su educación como su alta posición".

Pocas palabras bastarán ahora para hacer comprender la fortuita relación que tuvo mi libertad con los profundos cálculos de la política de este hombre de Estado.

En 1859, una nueva escisión armada de Buenos Aires obligó una vez más a Urquiza a recurrir a la decisión de los campos de batalla.

Los indios, presintiendo con su instinto de animales carnívoros que las disensiones políticas debían ofrecerles algunas ocasiones de botín, dirigieron al general varios ofrecimientos de alianza en cartas redactadas por mí y llevadas por miembros de la familia de Calfucurá.

El general era un político demasiado sagaz para que dejara de acoger favorablemente a estos mensajeros salvajes. Siendo, como es, poseedor de una de las más vastas estancias del valle del Paraná y agrónomo distinguido, procuraba ante todo desarrollar los beneficios de la agricultura en la bella parte de territorio confiada a sus cuidados, y como los establecimientos agrícolas del Sur necesitan, como todos los de su clase, de completa calma y seguridad, se apresuró a admitir estas proposiciones, a fin de amortiguar por este medio las tendencias agresivas de los indios. Despidió, pues, a los embajadores de Calfucurá cargados de presentes de toda clase y, sobre todo, de barriles de aguardiente; de modo que la vuelta de los enviados fue en toda la horda, sin excepción de rango, edad y sexo, la señal de orgías interminables.

Cuando los vi entregados con frenesí a la borrachera concebí la idea de intentar otra vez acercarme a las comarcas de donde pudiera regresar a mi patria y a mi familia.

Aprovechando una noche en que toda la tribu estaba sepultada en el pesado sueño de la embriaguez, me deslicé arrastrándome hacia el sitio donde estaban los mejores caballos del] cacique, después de haberme provisto de un par de bolas destinadas a mi defensa y a proporcionarme alguna caza en el camino. También tomé un lazo para apoderarme de tres monturas y reunirlas.

Hechos estos preparativos sin ruido, conduje muy despacio mis caballo hasta cierta distancia fuera de la vista del campamento; allí monté en uno de ellos, y echando delante a los otros dos, emprendí lleno de emoción la última correría de que dependía mi vida o mi muerte.

Durante toda la noche galopé sin descanso, creyendo ver incesantemente sombras en mi seguimiento. El día disipó las tinieblas, pero sin calmar mi agitación; era tan grande ésta, que el menor soplo de aire me parecía cargado de clamores amenazadores y el menor torbellino de polvo me llenaba de angustia.

Solía apearme con frecuencia, y apoyando el oído en tierra, escuchaba largo rato para conseguir que el silencio de la pampa me tranquilizara un tanto; pero, lejos de eso, resonaban de tal modo mis oídos, que creía oír retumbar en el duro suelo siniestros galopes, y entonces precipitaba de nuevo mi fuga, sin pensar en las imperiosas necesidades que experimentaba mi caballo, el cual no podía, como sus compañeros, ni coger al paso algunos bocados de hierba. Yo seguía cuanto podía las partes del desierto cubiertas de vegetación, a fin de hacer perder la vista a los indios que indefectiblemente debían perseguirme y que en vano buscarían la huella entre la hierba enderezada por el rocío de la mañana.

Esta carrera desordenada duraba hacía ya cuatro días, cuando el caballo que montaba cayó muerto de fatiga. Temiendo con razón que se murieran del mismo modo los dos que me quedaban, y de quienes únicamente dependía mis salvación, tuve desde entonces la precaución de dejarlos descansar parte de la noche; pero la idea fija de que debía estar perseguido me inducía, a pesar mio, a aguijonearlos durante el día, y después de otro espacio de tiempo que no puedo determina, pues allí todos los días y todas las horas se parecen, la fatiga y la falta de agua me privaron de mi segundo caballo. Hubiera querido no abandonarlo y esperar cerca de él su restablecimiento o su muerte; pero aquella árida naturaleza no me ofrecía recurso alguno, y quedándome allí me exponía también a perder mi último caballo, que había resistido a todas las pruebas.

Proseguí, pues, mi fuga con el corazón quebrantado de dolor y decidido a cuidar por todos los medios a mi último compañero de miserias.

No quise, por lo tanto, exigir de él ningún esfuerzo y avanzábamos muy lentamente, cuando al anochecer noté que doblaba el paso espontáneamente; la frescura del suelo que pisaba y el instinto propio de todos los huéspedes de estos vastos desiertos indicaban al pobre animal la proximidad del agua. Pocos instantes después apagábamos nuestra sed común en una de esas lagunas formadas al norte de la pampa por los riachuelos que nacen en los contrafuertes de los Andes, en las provincias de Mendoza y San Luis. En derredor de estos estanques abundaba la hierba, y pudo mi pobre corcel reparar sus fuerzas lo bastante para llevarme hasta Rio Quinto, villorrio situado en la margen del río de este nombre. Allí se dejó caer en tierra completamente extenuado, y también yo, casi muerto de hambre y de fatiga física y morales, caí a su lado sin movimiento y sin voz.

¡Era a los trece días de haber emprendido mi fuga!... No puedo decir a cuántos estábamos del mes, pero sé que era a fines de agosto de 1859.

Dios, que se había dignado protegerme hasta entonces, permitió que una excelente familia española, residente en Río Quinto, tuviera a bien compadecerse de mi angustiosa situación y prodigarme los más tiernos cuidados durante las cinco o seis semanas siguientes que pasé devorado por la fiebre y el delirio. Esta suma bondad de parte de unas personas que ni siquiera me conocían me ha penetrado hacia don José y todos los suyos de una gratitud profunda que jamás se borrará de

mi memoria, y mucho me felicitaría si estas humildes líneas pudieran llevarles el testimonio de ella al través del océano.

Cuando mi cuerpo y mi espíritu, abrumados por tres años de indecibles sufrimientos, recobraron por fin parte del vigor y elasticidad de otro tiempo, los buenos habitantes de Río Quinto fueron quienes me proporcionaron también los medios de llegar a Chile, y a la ciudad de Valparaíso, en cuyo puerto, muy frecuentado, esperaba yo con razón encontrar mayores facilidades que en otro alguno de la costa para poder regresar a Europa.

Fui al indicado puerto por el camino que pasa por Mendoza y que atraviesa los Andes por el desfiladero de Uspallata.

El primero de estos nombres, después de no haber despertado en mi alma más que cuadros de felicidad y pensamientos de bendición y gratitud, ya no debe evocar en lo sucesivo sino imágenes lúgubres y amargos recuerdos. Allí vivían veinte mil almas en la más profunda seguridad y disfrutando de una existencia tranquila que podía envidiar el resto del mundo; era la población más dulce, feliz y hospitalaria del continente americano. El 19 de marzo de 1861 los poetas argentinos llamaban todavía a Mendoza la perla, la reina de la zona florida que se extiende al pie oriental de los Andes...

Al día siguiente, la muerte pasaba por ese paraíso. "Bastaron algunos segundos para convertir sus alegres habitaciones, sus jardines, sus iglesias, sus colegios frecuentados por la juventud de las provincias vecinas, la obra de tres siglos, en una espantosa necrópolis, en un horrible montón de escombros, en un caos de rocas, de tierra, de ladrillos y de vigas destrozadas". (Corresp. del "Diario de los Economistas").

Opinan los geólogos que el temblor de tierra que ha hecho experimentar a Mendoza la suerte de Herculano, y cuya conmoción se ha dejado sentir en toda la línea que se extiende de Valparaíso a Buenos Aires, es decir, en más de mil ochocientos kilómetros, no ha sido producido, como el terrible fenómeno del año 70, por la nueva abertura de un volcán cerrado durante largo tiempo, sino por la mera dilatación de una masa de fluidos elásticos, emanados del foco central y lanzados por él a las inmensas cavidades de la costra terrestre. Una causa cualquiera los ha acumulado de repente en las revueltas de varios de estos sombríos subterráneos, y encima de esta bóveda conmovida, dislocada por la presión de estos fluidos, estaba Mendoza. Así se explica su inmensa ruina.

¡Cosa singular! Se asegura que sobre este montón de vestigios informes, sobre este horroroso sudario que cubre quince mil víctimas humanas, solamente los vegetales han quedado en pie, y que las flores continúan prosperando y sonriendo en medio de las emanaciones pestilenciales qne exhala esta inmensa sepultura.

El sauce llorón era el árbol favorito de los mendocinos; dondequiera se le veía; era el ornato predilecto de sus paseos, jardines y plazas; daba sombra a los patios de sus moradas hospitalarias, abiertas siempre para el extranjero; hoy día, como el grato recuerdo que les he conservado, se inclina y llora sobre los muertos.

El desfiladero de Uspallata reúne los caracteres más marcados de esas quebradas profundas y angostas que dividen de distancia en distancia el eje de la cordillera: paredes perpendicularmente inmensas, que no dejan percibir entre sus cimas negras, a menudo salientes, más que una zona estrecha del cielo; abismos espantosos cuya enorme profundidad sólo presiente por el sordo susurro de los torrentes y cascadas el viajero que los ladea por una angosta cornisa de roca; atmósfera

rarificada y fría, sembrada de vértigos en la calma y de peligros mortales cuando, en ciertos momentos del año y del día, la atraviesa el viento de las neveras. Es tal entonces la violencia de la tormenta que derriba las mulas cargadas y derrumba los tejados y paredes de ladrillos de las casuchas donde se guarecen los correos durante el invierno. El collado de Uspallata tiene, pues, sus leyendas de muerte, cuya sombría realidad atestiguan las numerosas cruces plantadas en todo su trayecto. Pero debo confesar que, cuando lo atravesé, apenas era yo accesible a la admiración que produce su naturaleza sublime. En el corazón de los Andes, como pocos días antes en Mendoza, algunos después en Valparaíso y más tarde en el buque que volvía a traerme a Europa, abrumada mi mente por tan dilatada serie de miserias, sólo me preocupaban dos cosas: la necesidad de volver a Francia y una lucha incesante contra las reminiscencias de mi cautividad. Lo mismo que Mungo-Park, después que se escapó de la tiranía de los moros del Sahara, estuve largo tiempo dudando de mi libertad. Como a este gran viajero, me fue menester "atravesar el océano, regresar a mi patria y disfrutar de la calma reparadora del hogar maternal para ahuyentar de mi sueño las visiones de mi cerebro, los fantasmas evocados por el odioso recuerdo de los forajidos del desierto".

A su regreso a Francia, en el mes de enero de 1861, M. Guinnard ha encontrado cerca de la Sociedad de Geografía, y de su venerable presidente, M. Jomard, la benévola acogida a que le hacían acreedor su juventud, su valor y sus largos padecimientos. Alentado por este sabio patrocinio, está coordinando ahora sus recuerdos y notas, con el objeto de ofrecer al público, a la par que una relación más amplia que la que se acaba de leer, un cuadro completo de las agrestes regiones que ha recorrido, así como de las costumbres, idioma y tradiciones de sus nómades habitantes.